



Negar el yo para ser el yo: la construcción de la identidad en El asco. Thomas Bernhard en San Salvador, de Horacio Castellanos Moya.

Álvaro López Ithurbide.

Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

Artículo

Negar el yo para ser el yo: la construcción de la identidad en El asco. Thomas Bernhard en San Salvador, de Horacio Castellanos Moya

Álvaro López Ithurbide ¹

Universidad del Salvador (USAL)

Argentina

Trabajo original autorizado para su primera publicación en la Revista RIHUMSO y su difusión y publicación electrónica a través de diversos portales científicos

Álvaro López Ithurbide (2024) "Negar el yo para ser el yo: la construcción de la identidad en El asco. Thomas Bernhard en San Salvador, de Horacio Castellanos Moya". En: RIHUMSO n° 25, año 13, (15 de Mayo de 2024 al 14 de Noviembre de 2024) pp.115-134. ISSN 2250-8139. <https://doi.org/10.54789/rihumso.24.13.25.5>

Recibido: 01.11.2023

Aceptado: 11.03.2024

¹ Licenciado en Letras por las Universidad del Salvador, corrector literario por la misma universidad y periodista egresado en TEA. Como periodista, colaboró con medios gráficos como Página /12 y la Revista Llegás. Trabajó como corrector literario para las editoriales Godot, Factotum, Interzona y Marciana. Publicó artículos literarios en revistas de Argentina y Perú. En 2019, dictó el taller "Género y literatura: de Beauvoir a Despentés", en el Centro Cultural Recoleta. Actualmente, se desempeña como profesor de Lengua y Literatura de nivel medio, como profesor auxiliar de Teoría Literaria en la USAL y como corrector literario freelance. ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-0145-2597>. Email: alvaroithurbide@hotmail.com



Resumen

El presente artículo se propone analizar cómo, a partir de un discurso único y completamente crítico sobre los aspectos culturales, sociales y políticos de El Salvador, se perpetúa un discurso moderno, colonial y completamente maniqueo. En una aparente construcción de una identidad nueva, se indagará cómo Castellanos Moya crea un personaje moderno insertado en un mundo posmoderno, cuya dependencia ontológica con la cultura que rechaza se constituye como base, y limitante, para su nueva identidad. Para demostrarlo, se trabajará a partir de los planteos de Zygmunt Bauman (2016), Nicolás Casullo (2004), Byung-Chul Han (2020), Leonor Arfuch (2005), Gilles Deleuze (2002) y Walter Mignolo (2014). Por último, se analizará cómo este juego discursivo traspasa los límites de la ficción para borrar los límites con la realidad.

Palabras clave: Identidad, posmodernidad, diferencia, ficción-realidad, apariencia.

DENYING THE SELF TO BE THE SELF: THE CONSTRUCTION OF IDENTITY IN EL ASCO/THE DISGUST. THOMAS BERNHARD IN SAN SALVADOR, BY HORACIO CASTELLANOS MOYA

Abstract

This article aims to analyze how, from a unique and completely critical discourse on the cultural, social and political aspects of El Salvador, a modern, colonial and completely extremist discourse is perpetuated. In an apparent construction of a new identity, it will be analyzed how Castellanos Moya creates a modern character inserted in a postmodern world, whose ontological dependence on the culture that he rejects is constituted as a basis, and limitation, for his new identity. To demonstrate this, we will work from the proposals of Zygmunt Bauman (2016), Nicolás Casullo (2004), Byung-Chul Han (2020), Leonor Arfuch (2005), Gilles Deleuze (2002) and Walter Mignolo (2014). Finally, it will be analyze how this discursive game goes beyond the limits of fiction to blur the limits with reality.

Keywords: Identity, postmodernity, difference, fiction-reality, appearance.



Introducción

La novela *El asco*. Thomas Bernhard en San Salvador, de Horacio Castellanos Moya, publicada en 1997, se concibió, en palabras de su autor, “como un ejercicio de estilo en el que pretendía imitar al escritor austríaco Thomas Bernhard, tanto en prosa, basada en la cadencia y la repetición, como en su temática, que contiene una crítica acerba a Austria y su cultura” (Castellanos Moya, 2018, p. 103). Un experimento narrativo, entonces, en el cual el escritor nacido en Honduras, pero radicado en El Salvador, criticaba, desde la exageración y rozando el absurdo, prácticamente todos los aspectos de la cultura, historia e identidad del país centroamericano. La *nouvelle* pronto se volvió popular y las críticas hacia su autor se hicieron tan violentas que Castellanos Moya se vio obligado a emigrar de su país²; acción que, paradójicamente, Edgardo Vega, única voz en la novela, le aconseja al Castellanos Moya³ devenido en personaje: “Tenés que irte, Moya, zarpar, ubicarte en un país que exista, es la única manera de que escribás algo que valga la pena...” (Castellanos Moya, 2018, p. 67).

En *El asco*, Castellanos Moya no solo se ficcionaliza, sino que agrega una “Advertencia” al lector, donde asegura la real existencia de Edgardo Vega, personaje central y a partir del cual se estructura todo el relato. Este recurso paratextual funciona a modo de *prefacio* que, como señaló Roland Barthes (1994) en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* “actúa como inaugurador del discurso de la historia en el texto” (p. 166). La verosimilitud se basa, entonces, en un principio de realidad: la probada existencia de Edgardo Vega desde el discurso del autor se contrapone a lo absurdo de los argumentos del personaje, estos últimos, vinculados con la ficción. La referencia al barómetro de Flaubert, analizado por Roland Barthes (1994) en el artículo “El efecto de realidad” da cuenta de los detalles insignificantes de la trama ficcional que se convierten en lo real, o, como explica el semiólogo francés, “un nuevo verosímil”. Barthes entiende que: “la carencia misma de lo significado en

² Horacio Castellanos Moya admitió, en numerosas entrevistas, que se vio obligado a abandonar El Salvador debido a la violencia que suscitó la publicación de *El asco*. *Thomas Bernhard en San Salvador*. Véase: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-3139-2008-08-17.html> o <https://legrandcontinent.eu/es/2022/11/13/soy-un-lector-muy-caprichoso-una-conversacion-con-horacio-castellanos-moya/>

³ Para facilitar la diferenciación entre autor y su *alter ego* ficticio, se referirá al primero con su nombre completo, “Castellanos Moya”, y al segundo con el de “Moya”.

provecho sólo del referente llega a ser el significado mismo del realismo: se produce un *efecto de realidad*" (p. 186). La "Advertencia", que no aporta ninguna significación para la trama, sí ofrece un dato descriptivo: la real existencia de Edgardo Vega y, lo que es más, que tampoco se llama Thomas Bernhard. Genera, entonces, un efecto de realidad que, al contrastar con el propio discurso del personaje, provoca una lectura ambigua de los códigos ficcionales: ¿se trata de ficción o de historia? De esta forma, desde antes del inicio del relato, se constituye el carácter de apariencia que atravesará toda la obra y sus propios límites: la *aparente* construcción de la identidad, la *aparente* identificación del personaje principal con una cultura determinada, su *aparente* existencia real y una *aparente* transformación del discurso ficcional en histórico.

Comenzado el relato, Castellanos Moya crea un personaje o, mejor dicho, el discurso de un personaje que es ficción, pero del cual certifica su existencia convirtiéndose él mismo como el interlocutor pasivo funcional del rabioso ataque de Edgardo Vega. De esta forma se refuerza este primer juego, esta primera capa, de realidad / ficción: ¿existe Vega realmente? Si existe en la realidad, su identidad también, *ergo* el discurso *verosímil* se transforma en *verdadero*⁴. Jorge Luis Borges (2011), en "Magias parciales del Quijote", consideraba que el juego entre ficción / realidad que la novela de Cervantes proponía al ficcionalizarse el autor y la propia obra dentro de la obra, borroneaba los límites de ambos planos, unificándolos: "... tales inversiones sugieren que, si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios" (p. 65). En el caso de *El asco*, se produce una situación similar, aunque a la inversa: el discurso ficcional de un personaje, que el autor asegura como real, trajo consecuencias que actuaron sobre el plano de la realidad y obligó a Castellanos Moya, —debido a las violentas críticas suscitadas por el libro—, a abandonar El Salvador. El discurso ficcional de Vega, sostenido en la verosimilitud, se convierte, así, en real y verdadero. Para el lector de *El asco*, la ofensa existió, se cristalizó y habilitó, como consecuencia, una respuesta en el plano de la realidad.

El relato, en apariencia un diálogo entre dos viejos amigos, es un monólogo de Edgardo Vega. La novela está construida a partir de su discurso, el cual cubre e impide cualquier atisbo de respuesta, acotación u opinión de su interlocutor, quien

⁴ Entendiendo que todo discurso, incluyendo el ficcional, pertenece de manera global al plano de la realidad.

decide o se ve obligado a adoptar un rol pasivo, funcional a la retórica del personaje principal. Vega, entonces, cuenta cómo escapó de El Salvador y se vio obligado a regresar tras la muerte de su madre para encargarse de la venta de la casa familiar. Relata, también, cómo se construyó una nueva identidad al radicarse en Canadá, adquiriendo su ciudadanía y cambiando su nombre por el de Thomas Bernhard; y cuáles fueron y son los fundamentos que avalaron esa decisión. Fundamentos que adoptan la forma de un ataque furibundo a la cultura e historia salvadoreña, identidad que Vega necesita rechazar y negar para afirmar su identidad actual.

Vega / Bernhard, entonces, critica de manera ordenada y sistemática todos los aspectos que constituyen y caracterizan a su país de origen: la historia salvadoreña, su política y políticos, su arte, sus ideologías; también fustiga a su hermano y a su familia (de quienes desconfía completamente sin ninguna prueba), la comida del país, los sitios turísticos, los medios, el pueblo salvadoreño en general, y un gran etcétera. Vega / Bernhard, a su vez, se encarga de aclarar que El Salvador está inmerso en una región que comparte sus mismos rasgos culturales: "... desde hace décadas lo latinoamericano se identifica con esa detestable música que pusieron de moda los comunistas chilenos expulsados por Pinochet..." (Castellanos Moya, 2018, p.66), lo que expande el blanco del ataque hacia toda Latinoamérica, marcando aún más la posición maniquea en la que se asienta la visión del personaje: una cultura superior (canadiense) y una inferior (latinoamericana).

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman denominó "modernidad líquida" como metáfora para explicar la sociedad globalizada actual, caracterizada por el individualismo, el consumismo, la inestabilidad; carente de las estructuras fijas creadas en la modernidad. En *Identidad* (2016), una entrevista realizada por el periodista italiano Benedetto Vecchi, retoma estos conceptos para explicar que la cuestión de la identidad, no solo se reafirma en la crisis de lo multicultural, sino también está asociada al quiebre del estado de bienestar y el crecimiento de una sensación de inseguridad que esto genera (p. 17). Por su parte, en *Estudios sobre el posmodernismo*, Frederic Jameson (1991) entiende la posmodernidad como histórica, antes que meramente estética. Para Jameson es un fenómeno que se relaciona con la realidad político-social y se convierte en la dominante, coincidiendo en muchos puntos con las ideas de Bauman: sociedad de consumo, globalización, la superficialidad, ausencia de formas o el movimiento constante. El filósofo surcoreano Byung-Chul Han



(2020) agrega, en *La sociedad del cansancio* el concepto de “modernidad tardía”, donde la “sociedad disciplinaria”, cuyo control y dominación era vertical y externo, dio paso a uno interno, regulado a partir de la autoexplotación del propio hombre como consecuencia del (supuesto) vínculo indivisible entre las ideas de progreso y bienestar con las del esfuerzo y mérito. Las características de la “sociedad del cansancio” hacen a la “modernidad tardía”. Estos estudios, con sus matices y distintas clasificaciones, coinciden en su diferenciación con la era de la modernidad. Como indicó Nicolas Casullo (y también Bauman y Jameson), la característica primigenia de la posmodernidad, o la modernidad líquida o tardía, es su calidad de consecuencia de la fragmentación de la modernidad. Y será en esta era de la posmodernidad la que le dará la posibilidad, a Edgardo Vega, de adoptar una identidad diferente a la de su nacimiento.

Ante este panorama actual, se tomarán las ideas que la socióloga argentina Leonor Arfuch (2005) expuso en “Problemáticas de la identidad”, donde entiende a las identidades como representaciones, narraciones que se construyen en el discurso y no por fuera de él —noción que también se encuentra en Bauman (2016), cuando expone que las identidades actuales no se descubren, sino que se crean—; y las del filósofo francés Gilles Deleuze (2002), que en *Diferencia y repetición*, marca como un proceso dialéctico la conformación de la identidad; para entender cómo Edgardo Vega se convierte en Thomas Bernhard y cómo la debilidad de esa nueva identidad está relacionada directamente con las exacerbadas críticas hacia su país de nacimiento. Para Deleuze, la diferencia no es la “diferencia del ser”, sino su fundamento, su afirmación, y la repetición no es la “repetición de lo mismo”, sino repetición de una diferencia interna. Esta identidad construida en la negación perpetua, a su vez, una matriz colonial instalada en la racionalidad del personaje y que se desprende de su discurso. En este sentido, la “colonialidad”, entendida como explica el semiólogo argentino Walter Dignolo (2008) en *El color de la razón: racismo epistemológico y razón imperial* (2008) constituye un “tejido conceptual que forma parte de las distintas esferas del saber, ligado a la formación de subjetividades que mantienen y reproducen ese tejido conceptual” (p. 8), tejido que pervive, entonces en el pensamiento de Vega, quien se encuentra atrapado en una falsa idea de libertad.

Este trabajo intentará demostrar, entonces, cómo la fragmentación de la modernidad como característica de la posmodernidad promovió la posibilidad de crear nuevas



identidades que, en el caso del protagonista de *El asco*, construyó desde la negación y el rechazo y por el cual no logra una construcción acabada, real, sino en apariencia. Este discurso crítico, que necesita para afirmar su nueva identidad, se muestra anclado en una racionalidad moderna —constitutiva de la colonialidad— que se desprende de su discurso y por el cual convierte al personaje en una herramienta para la perpetuidad de un modelo epistemológico colonial. Por su parte, esta condición fragmentada de la posmodernidad generó, también, un cruce entre realidad y ficción, identificando el discurso de Edgardo Vega con el del propio autor de la novela.

Posmodernidad como posibilidad

Edgardo Vega / Thomas Bernhard, el personaje central de la novela de Horacio Castellanos Moya, es capaz de adoptar una identidad cultural distinta a la dada por nacimiento y crianza en El Salvador debido a que vive en un mundo fragmentado, diferente al constituido en la modernidad del siglo XIX bajo los valores de la Ilustración. Vega / Bernhard, sin embargo, adopta una identidad vinculada al discurso hegemónico que fundó la modernidad que lo lleva a rechazar y negar completamente su identidad cultural originaria. La ironía es evidente: la elección de una identidad sostenida o fundamentada en el discurso del poder, a través de la cual adquiere con ella los prejuicios más burdos y superficiales hacia la cultura rechazada, solo es posible en un momento de la historia en el cual, como expone Nicolás Casullo (2004) en *El debate modernidad/posmodernidad* (2004), estos mismos discursos perdieron credibilidad: “Asistiríamos a la pérdida de legitimidad de aquellas narraciones modernas que operaron en términos de filosofías de la historia” (p. 21). Continuando con el análisis de Casullo, el proyecto de la modernidad: “desde la titánica lucha de la Razón ordenadora, refundó valores, saberes y certezas. Estableció paradigmas para la acción y la reflexión, para la crítica y la utopía, identidades, denominadores comunes para el acceso al conocimiento y códigos de alcance universal para interrogarse sobre las cosas y los fenómenos” (p. 21), que fue fundado y sostenido desde una visión eurocéntrica y que incluyeron a Estados Unidos y Canadá como actores participantes, concluyó al no poder cumplir sus propias premisas. De esta manera, el filósofo argentino entiende a la posmodernidad como consecuencia del agotamiento de los tres grandes relatos legitimadores del proyecto de la modernidad: “la concepción de un devenir emancipador de los hombres y las sociedades, el protagonismo del sujeto moderno como el lugar de la enunciación racional de la verdad y de la transparencia



de los sentidos de la realidad y la visión del derrotero humano como un progreso indeclinable hacia la libertad, la soberanía de los pueblos y la justa distribución de la riqueza” (p. 21).

El incumplimiento de aquellos discursos hegemónicos, el fracaso de aquellas profecías, dieron paso a un presente fragmentado en el que la experiencia del hombre es manejada por la lógica del consumo. La condición posmoderna, explica Casullo (2004), “queda expuesta en el ahondar del desencantamiento de la existencia” (p. 22). Como evidencias de la posmodernidad Casullo señala, entre otras, “un sujeto vaciado de potestades y fenecido como conciencia autónoma” (p.22). Este estado se condice con Vega / Bernhard, quien, al llegar a El Salvador, carece de herramientas para actuar y decidir en el mundo: lo único que puede hacer es quejarse de su situación ante un interlocutor que no habla ni opina. La ausencia de una razón ordenadora que construya identidades, a su vez, habilita a Vega a rechazar su identidad salvadoreña y latinoamericana y elegir ser Bernhard, un ciudadano canadiense que, en una lectura simple y maniquea (desde el punto de vista ideológico del personaje), es la opuesta a la que rechaza.

El discurso de Vega / Bernhard alcanza el paroxismo crítico, pero siempre reflejando la paradoja que constituye el proceso de construcción identitaria del personaje: la posmodernidad habilita a Vega / Bernhard a construir una nueva identidad, pero esa identidad se construye desde la modernidad. Dicho de otro modo, la descomposición de los discursos hegemónicos es lo que le dio la posibilidad al personaje principal de la nouvelle de adoptar esos discursos hegemónicos. El libro de Castellanos Moya (2018), entonces, es un reflejo de la transición entre la lucha de un pensamiento moderno, duro, hegemónico, y un mundo que se licúa constantemente. La defensa acérrima de lo “canadiense” en detrimento de lo “salvadoreño”, y en especial los prejuicios, el desconocimiento y el poco entendimiento de los códigos sociales que Vega / Bernhard tiene sobre el país, la familia de su hermano o la personas con las que se cruza, muestran la desesperación del personaje por mantenerse en un supuesto status quo identitario: “Aquel taxista era la mejor prueba: intentó sonsacarme la mayor cantidad posible de información, con preguntas maliciosas que me hicieron temer que estuviera midiendo si valía la pena asaltarme, me dijo Vega” (p. 80).



La fragmentación antes mencionada de los discursos ordenadores legitimó los discursos individuales: la posverdad, las diferentes construcciones de identidad (desde el género, especie, inclinación sexual, etc.), pudieron realizarse en un momento del mundo en el cual la certificación de aquellas construcciones, (porque la identidad es un constructo) pasaron, no por un discurso superior que las legitime, sino por uno mismo, por su propia individualidad. Zygmunt Bauman (2016), en *Identidad*, indica que esta se revela solo como ficción, como algo que hay que inventar: “La identidad nacida como ficción requirió de mucha coerción y convencimiento para fortalecerse y cuajar en una realidad (más concretamente, en la única realidad imaginable) y estos dos factores sobrevolaron la historia del nacimiento y de la maduración del Estado moderno” (p. 50). El “problema de la identidad” actual, señala Bauman, es que la crisis de la modernidad procede del abandono de la seguridad que generaba la construcción de una identidad nacional, sostenida por el Estado en sus grandes discursos unificadores. Bauman (2016) afirma que: “Una vez que la identidad pierde los anclajes sociales que hacen que parezca natural, predeterminada e innegociable, la identificación se hace cada vez más importante para los individuos que buscan desesperadamente un nosotros al que puedan tener acceso” (pp. 57-58). Así, Vega intensifica la crítica hacia la cultura latinoamericana debido a su desesperación por ingresar en la cultura canadiense. Desde la visión de Vega, la construcción de su nueva identidad cultural solo es posible negando la anterior. Esto genera una desmedida y excesiva crítica hacia ella, siendo parte de un discurso hegemónico que niega y critica toda totalidad diferente a él. La posición de Vega / Bernhard llega, incluso, hasta el rechazo físico: “Vomitó, Moya, el vómito más inmundito de mi vida, la más sórdida y asquerosa manera de vomitar que podés imaginar, porque yo era un tipo vomitando sobre un vómito” (Castellanos Moya, 2018, p. 95). Vega / Bernhard necesita negar la identidad latinoamericana para sostener su identidad canadiense.

Aunque Vega evidencie una racionalidad moderna, su discurso, denostando una cultura y elogiando otra elegida a conciencia, pertenece a la posmodernidad debido, sobre todo, a la falta de fundamento. Esta carencia, incluso, lleva al personaje al absurdo y lo bufonesco: El radicalizado discurso de Vega / Bernhard alcanza el sin sentido cuando el desconocimiento y el prejuicio se vuelven el fundamento para sus ataques: así, interpreta negativamente las intenciones de su hermano Ivo respecto a la venta de la casa de su madre, desconfía sin argumentos válidos del conocimiento del



médico que lo atiende cuando se siente mal, o cuando revela que "... mi especialidad consiste en estudiar las culturas" (Castellanos Moya, 2018, p. 72), y no hace más que denostar sin argumentos la salvadoreña. Esas subjetividades se convierten en nociones fácticas para Vega / Bernhard que, por consiguiente, no admite ninguna visión opuesta. El absurdo y el ridículo, entonces, se configuran desde la propia retórica del personaje que ofrece un discurso crítico, en apariencia serio y con sustento, pero vacío de fundamento lógico y sentido. Esta falta de fundamento puede explicarse como característica de la posmodernidad. En El fin de la modernidad, Gianni Vattimo (2007) señala al nihilismo nietzscheano como el punto en que se sale realmente de la modernidad para ingresar a la posmodernidad, "Puesto que la noción de verdad ya no subsiste y el fundamento ya no obra, pues no hay ningún fundamento para creer en el fundamento, ni por lo tanto creer en el hecho de que el pensamiento deba 'fundar'" (pp. 147-148). Para Vattimo, el nihilismo es una marca de época. Nihilismo que se simplifica, pero se mantiene en el discurso de un personaje que niega completamente una cultura sin otra razón aparente más que el propio desprecio hacia ella: "siempre me pareció la peor tontería creer que tenía algún sentido el hecho de ser salvadoreño, por eso me fui" (Castellanos Moya, 2018, p. 20). El ultraje discursivo de Vega / Bernhard hacia su cultura originaria parte de una necesidad ontológica: la necesidad de afirmarse en su nueva identidad. El fundamento, la verdad detrás de aquellas críticas se vuelve, entonces, irrelevante. El discurso, de esta forma, roza el absurdo cuando se cierra a toda posibilidad de diálogo (con Moya, con su hermano, con las situaciones vividas, etc.). Una ausencia de diálogo que, de realizarse, conduciría al personaje, tal vez, a la reflexión, y podría aplacar, al menos en algún tópico, sus furibundos ataques.

El desprecio de Vega por su país no es solo cultural, o estético, sino político, económico y, sobre todo, histórico. Vega critica la memoria histórica del pueblo salvadoreño, sus políticas y sus políticos, y califica a El Salvador como una cultura estancada, atrasada en relación con la productiva y sofisticada Canadá. Son reiteradas las comparaciones explícitas, veladas o indirectas, en las que el protagonista expone constantemente una mirada polarizada de ambas: "tuve la previsión de traer conmigo suficientes libros como para evitar sumirme en la más profunda depresión, preví que en este país no encontraría nada para alimentarme mi espíritu: ni libros, ni exposiciones, ni obras de teatro, ni películas" (Castellanos Moya,



2018, pp. 64-65). Canadá es, para Vega, una sociedad ideal, culta y refinada, donde se puede progresar, mientras que El Salvador se encuentra estancado en la mediocridad. El filósofo surcoreano Byung-Chul Han (2020) argumenta, en La sociedad del cansancio: “Con el fin de aumentar la productividad se sustituye el paradigma disciplinario por el de rendimiento, por el esquema positivo del poder hacer” (p. 27). De este modo, la construcción de la identidad de Vega no solo es posible, tanto en su elaboración como en su identificación, en el mundo fragmentado de la posmodernidad, sino que su discurso está embebido de lo que Han llama “modernidad tardía”, un estadio siguiente en el que se sustituye el paradigma de una sociedad disciplinaria por la de rendimiento. Vega / Bernhard puede cambiar su identidad por una “superior”, rechazando una cultura, en palabras suyas, “ágrafa”, estancada en la historia, sin memoria.

Han (2020) define a la sociedad disciplinaria como “una sociedad de la negatividad. La define la negatividad de la prohibición” (p. 26). Desde el punto de vista de Vega / Bernhard, El Salvador representaría esta sociedad disciplinaria que lo oprime, lo somete y le restringe toda libertad de acción. Incluso la razón de su regreso al país parte, ya, desde una obligación: “la muerte de mi madre es la única razón que me pudo obligar a regresar a esta podredumbre, sino hubiera muerto mi madre jamás hubiera regresado” (Castellanos Moya, 2018, p. 21). Vega / Bernhard esboza, o parece esbozar, una idea de libertad a partir de su huida a Canadá. La cultura latinoamericana como limitante, lo expulsa. Han explica que “En el régimen neoliberal, la explotación ya no se produce como alienación y auto-des-realización, sino como libertad y autorrealización” (Han, 2020, p. 109). La libertad, entonces, es una ilusión que Han vincula con la idea de autoexplotación. Vega / Bernhard, quien se fue de El Salvador, no como “exiliado ni buscando mejores condiciones económicas, me fui porque nunca acepté la broma macabra del destino que me hizo nacer en estas tierras”. (Castellanos Moya, 2018, p. 20), huye, así, de una sociedad estancada, inculta que lo encierra, lo encadena y no lo deja “progresar”.

Al regresar, entonces, se muestra crítico, pedante y actúa con ínfulas de superioridad, pero su comprensión de lo que dejó se limita en el prejuicio: “Pero lo de veras preocupante eran los cuatro sujetos que estaban en la mesa de al lado, los sujetos más siniestros que he visto en mi vida, Moya, cuatro sicópatas con el crimen y la tortura estampados en la jeta bebían cerveza en la mesa de al lado” (Castellanos

Moya, 2018, p. 85). Ese ultraje, esa falta de empatía e interés, no solo con la cultura que niega, sino con su propia familia (“La sangre no significa nada”, confiesa Vega / Bernhard en un momento), es evidencia, no solo de la fragmentación del mundo, sino de la fragmentación del propio ser. En Ensayos sobre el posmodernismo, Frederic Jameson (1991) señala que una de las características que se desprenden de la posmodernidad es la “mengua de los afectos”: El sujeto posmoderno, a diferencia del sujeto alienado de la modernidad, se “libera de todo otro tipo de sentimiento dado que ya no existe un ser para sentir” (p. 32). Jameson (1991) señala que la fragmentación del ser desplaza la alienación y, con ella, una serie de “dinámicas de las patologías culturales” (p. 31), trayendo el “fin de la mónada, o el ego, o el individuo burgués autónomo” (p.31). El protagonista de El asco se muestra descentrado, vacío: el odio, la angustia y la soledad que muestra en su discurso esconde, en realidad, la autoaniquilación del ego que lo lleva a adoptar las formas más estereotipadas de otra cultura; a construir, en apariencia, otra identidad.

Byung-Chul Han (2020) señala, por su parte, que “La falta de relación con el otro desencadena sobre todo una falta de gratificación” (p.81). Vega no admite a nadie más que a sí mismo: no solo infiere que el encerrarse en su habitación a leer los libros canadienses que trajo es su único momento grato, y prejuzga, de forma negativa, las intenciones de su hermano Ivo y todo aquel con el que se relaciona, sino que esa mirada unidireccional es exacerbada al haber un único discurso, el suyo, en toda la novela. Esta “perturbación narcisista”, como la llamaría Han, alimenta la construcción de una vida simulada. Jameson (1991) entiende al simulacro como “... una copia idéntica de un original que nunca ha existido” (p. 37); y completa: “... el pasado como ‘referente’ se ve gradualmente cercado y poco a poco, totalmente borrado” (p. 38). Edgardo Vega trata de borrar, así, su pasado para simular ser el ciudadano canadiense Thomas Bernhard. Se entiende, entonces, su desesperación cuando pierde el documento canadiense, único garante del engaño: “me vi atrapado en esta ciudad para siempre, sin poder regresar a Montreal; me vi de nuevo convertido en un salvadoreño” (Castellanos Moya, 2018, p. 96). Esta simulación, este aparentar constante del personaje atraviesa, además, todas las capas de la novela: desde lo estructural, (por el cual la novela se construye sobre un aparente diálogo, pero del que solo se escucha la voz de uno de los interlocutores); la identificación real del personaje con otra cultura y su construcción identitaria; y el juego verdad / verosímil que la

“Advertencia” propone al comienzo del texto, donde asegura la real existencia de Edgardo Vega, lo que debilita el pacto ficcional entre lector y autor.

Constitución de la identidad a partir de la diferencia

Cómo se mencionó anteriormente, el fracaso de los ideales de la Ilustración, expuesto por Nicolás Casullo (2004) en El debate modernidad/posmodernidad, provocó un fuerte replanteo teórico de los fundamentos universales, tanto políticos, filosóficos y sociales, como artísticos, que dieron muerte a los grandes sujetos colectivos cuya identidad era legitimada por el estado-nación. Según Bauman (2016), esa identidad nacional construida a conciencia por parte del estado “permitirá y tolerará solo otras identidades que no sean sospechosas de colisionar [...] con la prioridad no cualificada de lealtad nacional” (p. 53). Aparece, entonces, como expuso Leonor Arfuch (2005) en Problemáticas de la identidad, “la voz de los sujetos en su pluralidad, los tonos divergentes, las subalternidades, la ‘otredad’” (p. 23). Ante esta fragilidad del mundo actual, Edgardo Vega / Thomas Bernhard tiene la posibilidad de elegir y construir su propia identidad, alejándose de la legitimada por su nacionalidad, Para Arfuch (2005), “No hay, entonces, identidad por fuera de la representación, es decir, de la narrativización —necesariamente ficcional— del sí mismo, individual o colectivo” (p. 24).

El problema de Vega radica, sin embargo, en la identidad elegida, consecuencia directa del cómo fue elegida. Tanto Bauman como Arfuch coinciden en definir a las identidades actuales como algo que se crea, que se construye desde cero, en lugar de descubrirse. El protagonista de la novela de Castellanos Moya no se identifica con una condición sexual o de género; ni se identifica, realmente, con otra cultura —en su caso, canadiense— ya que no siente una necesidad ontológica que lo impulse a descubrirse como algo diferente de lo que es y, a partir de ahí, deconstruirse y volverse a construir: su impulso para la creación de una identidad otra es la negación de la ya dada. De esa forma, la identidad que Vega / Bernhard busca construir será (es) necesariamente opuesta a la rechazada: una identidad asentada en una estereotipado y dominante discurso eurocéntrico; o lo que Vega entiende como lo más alejado de lo dado por nacimiento. En ese sentido, desde lo ontológico, Vega / Bernhard cumple con la problemática o la trampa del multiculturalismo que Arfuch (2005), citando a Ernesto Laclau, advierte: “si por un lado la pérdida del fundamento

otorga una mayor autonomía, un margen más amplio de despegue de lo particular, lo particular nunca consigue enunciarse como pura diferencia, sino que está en una relación constitutiva con otro, relación que, por lo tanto, debe ser regulada por normas que los trasciendan” (p. 32). De esta forma, la identidad de Vega / Bernhard depende ontológicamente de la cultura rechazada y esto es causa de su extrema fragilidad.

El momento de mayor tensión y angustia de Vega / Bernhard en toda su estadía en San Salvador sucede cuando accede a salir con su hermano Ivo y su grupo de amigos. Durante la travesía nocturna por distintos bares y boliches de la ciudad, el asqueado personaje pierde su pasaporte canadiense. La desesperación de Vega / Bernhard ante esa pérdida materializa lo que, internamente, ya conocía: la ingente debilidad de su identidad. “El pasaporte canadiense es lo más valioso que tengo en la vida, [...], en verdad mi vida descansa en el hecho de que soy un ciudadano canadiense...” (Castellanos Moya, 2018, p.97), dice Vega / Bernhard, quien responsabiliza (lógicamente) a su hermano por el extravío del documento y a quien, a su vez, no agradece cuando lo encuentra: “la estúpida sonrisa de mi hermano detrás de la mano con mi pasaporte canadiense que se me había caído sin que yo lo notara Le arrebaté de la mano mi pasaporte canadiense y sin decir palabra ... corrí hacia un taxi...” (Castellanos Moya, 2018, p. 99). El terror de Vega / Bernhard no radica, entonces, en la imposibilidad de regresar a Canadá, (algo que un trámite en la embajada canadiense podría resolver), sino en la recuperación, automática, de su identidad salvadoreña.

La debilidad de la nueva identidad de Vega / Bernhard se explica por la forma en que fue construida, partiendo, no de un descubrimiento interno que lo lleve a diferenciarse, sino desde un impulso por rechazar lo dado por nacimiento. El filósofo francés Gilles Deleuze (2002), en *Diferencia y repetición*, expone: “En esencia, la diferencia es objeto de afirmación, es ella misma afirmación” (p. 96). Vega / Bernhard se encarga, punto por punto, de negar la cultura salvadoreña para afirmarse en la canadiense. Pero esa constitución ontológica, a partir del rechazo —y sobre todo por esa razón— queda incompleta. No hay dialéctica ontológica en Vega / Bernhard porque no hay negación de la negación, sino, simplemente, diferencia a partir de la oposición. Vega / Bernhard se queda en lo somero, sin posibilidad del eterno retorno nietzscheano que lleva a la transformación real: “El extremo no es la identidad de los contrarios, sino más bien la univocidad de lo diferente; la forma superior no es la forma infinita, sino más bien el



eterno informal del eterno retorno mismo a través de las metamorfosis y las transformaciones” (Deleuze, 2002. p. 99). Como el espejo de Lewis Carroll, la identidad de Vega / Bernhard descansa en la oposición de lo dado, lo que explica también la virulencia de su discurso: al no haber verdadera transformación, debe afirmarse constantemente a partir de la negación. Vega / Bernhard se queda, entonces, en el segundo paso del movimiento dialéctico: la posibilidad de ser.

Ese paralizado movimiento dialéctico también se constituye a nivel estructural: la conversación que aparentemente estructura toda la nouvelle queda trunca al carecer de una segunda voz. Este diálogo, entonces, pasa a ser un monólogo de Edgardo Vega que suprime toda posibilidad de respuesta, argumentación y contraargumentación de Moya. No hay agón real, por lo tanto, no hay síntesis, en el sentido hegeliano del término, final. La desesperación del personaje por afirmarse en su identidad que, como se explicó anteriormente, solo puede lograrse denostando la rechazada, condiciona un relato en el que solo se escucha su voz, en el cual el interlocutor es una figura (dialógica) decorativa. Deleuze (2002) advierte: “Los que llevan lo negativo no saben lo que hacen: confunden la sombra con la realidad, alimentan fantasmas, separan la consecuencia de las premisas, dan al epifenómeno el valor del fenómeno y de la esencia” (p. 100).

Vega / Bernhard necesita denostar lo constitutivo de la identidad negada para afirmarse en su nueva identidad. Esta necesidad, como se explicó anteriormente, obedece a lo frágil de esa identidad nueva debido a la imposibilidad de ingresar en el tercer movimiento ontológico. Al estancarse en una aparente transformación que se sostiene por la diferencia, el discurso se radicaliza, y alcanza los extremos del estereotipo. Vega / Bernhard, que vive en un mundo posmoderno el cual le otorga la posibilidad de cuestionar los discursos hegemónicos, es dueño, entonces, de un pensamiento propio de la Ilustración: el protagonista entiende el mundo desde una postura maniquea donde lo salvadoreño y latinoamericano son sinónimos de corrupción, brutalidad y retraso, en contraposición del progreso y la sofisticación cultural canadiense, pero de la cual, solo logra percibir, también, el estereotipo, la cáscara.

Vega / Bernhard pasa a ser, de esta forma, no un violento, un pedante o un ingrato, sino un representante claro de cómo la retórica hegemónica coloniza el pensamiento

del hombre. El filósofo argentino Walter Mignolo distingue el concepto de “colonialismo” (que se manifiesta de forma histórica) al de “colonialidad”, concepto que se desprende del discurso eurocéntrico y es constitutivo de la modernidad. En la introducción a *El color de la razón: racismo epistemológico y razón imperial*, Mignolo (2008) alude a la definición del semiólogo peruano Aníbal Quijano sobre el eurocentrismo como “una cuestión epistémica y no geográfica. Muestra las relaciones entre el conocimiento eurocentrado concebido como totalidad y la colonialidad del poder; así muestra las bases epistémicas de la expansión imperial/colonial en los últimos cinco siglos y la constitución misma de la modernidad” (p. 12). Todo el furibundo y ordenado escarnio del protagonista contra El Salvador se fundamenta en la adopción y pertenencia, —desde su punto de vista—, a una “cultura superior”. La obsesión por no ser salvadoreño y ser canadiense lo lleva, entonces, a repetir de manera exacerbada lo más corrosivo y estereotipado de un discurso eurocéntrico que, como advierte Walter Mignolo (2014) en *Desobediencia epistémica*, “naturaliza a la modernidad como un proceso universal, global y punto de llegada”, pero que esconde la “reproducción constante de la colonialidad” (p. 15).

Así, estas diferencias que marca el protagonista son completamente maniqueas: Vega / Bernhard critica, por ejemplo, las universidades salvadoreñas a las que cataloga como “la negación misma del conocimiento” (Castellanos Moya, 2018, p. 49), al asegurar que a todas las universidades privadas solo les importa el negocio para “estafar incautos”, mientras que elogia la Universidad de McGill, espacio donde se desempeña como profesor; critica con dureza la música latinoamericana e incluso los grupos salvadoreños de rock que “destrozaron impudicamente canciones de los Beatles, de los Rolling Stones, de Led Zeppelin; nunca había visto tipos que tan impúdica y canallescamente destrozaran la música de esos grupos ingleses” (Castellanos Moya, 2018, p. 65). Califica a los salvadoreños como brutos, violentos y dueños de una “cultura ágrafa”, mientras confiesa que uno de sus pocos placeres es cuando se encuentra solo en el bar La Lumbre y Tolín, el barman, accede a pasar la música (jazz y música clásica) que trajo de Canadá. Y un gran etcétera. El fundamento de las posiciones críticas de Vega / Bernhard es completamente axiomático: no necesita justificar su crítica (ni escuchar una posición contraria) porque él es “ciudadano canadiense” y, como tal, dueño de la retórica hegemónica.



“La racionalidad moderna es absorbente y, al mismo tiempo, defensiva y excluyente” (p. 17), dice Mignolo (2014) e identifica la complicidad entre la modernidad y la racionalidad como una “... totalidad que niega, excluye, opaca la diferencia y las posibilidades de otras totalidades” (p. 17). Vega / Bernhard, embebido en esta retórica hegemónica, a la que abrazó rápidamente gracias a su pensamiento moderno y limitada dialéctica, desprecia la cultura salvadoreña fundamentando su crítica en su conocimiento superior, obtenido en Canadá: “No conozco ninguna cultura, Moya, oíme bien y considerará que mi especialidad consiste en estudiar las culturas, no conozco ninguna cultura que como ésta haya llevado a tales niveles la degradación del gusto” (Castellanos Moya, 2018, p. 72).

De esta forma, el personaje central de El asco. Thomas Bernhard en San Salvador construye una identidad en espejo, en apariencia real, pero ilusoria, desde una racionalidad moderna que se basa en la supuesta superioridad cultural. Mignolo (2008) vincula como constitutiva de la modernidad a la colonialidad: “No hay modernidad sin colonialidad”, repite el filósofo argentino y el ataque de Vega / Bernhard hacia la cultura salvadoreña (entendida como totalidad) es prueba de ello. Vega / Bernhard se encuentra en un callejón ontológico sin salida: su pensamiento está completamente colonizado por lo que su intención de construir otra identidad, exitosa en apariencia, se revela como un rotundo fracaso: “En el relato de la modernidad no hay otra alternativa y caminar ese camino significa entrar en la lógica de la colonialidad” (p. 66).

Conclusión

La nouvelle escrita por Horacio Castellanos Moya representa algo más que un simple juego de experimentación del autor: es un reflejo de la dominación cultural y epistemológica del discurso colonial de la modernidad. Cualquier decisión que tome el personaje central de la historia, Edgardo Vega, estará supeditada a los límites de un pensamiento colonial que recrea el mundo a partir de una sola totalidad, desdeñando cualquier diferencia u oposición. Si bien los grandes discursos legitimadores de la modernidad ya se resquebrajaron, en la posmodernidad no se logró una plena emancipación, tanto política como (y en especial) epistemológica ya que, como se mencionó antes, la matriz de dominación perdura. En Desobediencia epistémica, Walter Mignolo (2008) señala que “desprenderse” de esta matriz de pensamiento “significa superar una visión de la vida humana que no dependa de la imposición de un

ideal de sociedad sobre los que difieran de él, como lo hace la modernidad/colonialidad (...) la tarea consiste en cambiar los términos y no solo el contenido de la conversación” (p. 33).

El pensamiento de Edgardo Vega, entonces, está completamente inmerso en la modernidad. Su constitución ontológica se desprende de esa retórica hegemónica que impone una serie de subjetividades totalizantes Y esa racionalidad es su propia limitación: la intención de construir una nueva identidad fracasa rotundamente porque no logra escapar de la trampa dialéctica de la modernidad: si, como expone Arfuch, toda identidad es narración, Vega no puede asumir su propia narración porque obedece a un discurso ya impuesto. De esa forma, la fragmentación del mundo moderno le otorga la posibilidad de crearse ontológicamente, pero solo puede constituirse a partir de la diferencia.

Es a partir de esa diferencia que Vega intenta fundamentar su nueva identidad, pero, como si estuviese frente a un espejo, incurre en un autoengaño: la imagen que devuelve el cristal la entiende real, constitutiva, pero no es más que un reflejo que depende directamente de la identidad que está negando. Vega / Bernhard, nuevamente, no puede escapar del laberinto: al constituirse ontológicamente desde la negación, la afirmación de su identidad depende de la diferencia con su identidad negada. De esta forma, no logra completar el movimiento dialéctico: nunca llega a la síntesis, por lo tanto, nunca logra constituir una nueva identidad. Edgardo Vega no es canadiense, sino que aparenta serlo. Evidencia de esta cercenada construcción identitaria es su decisión de cambiar su nombre por el de Thomas Bernhard: si su única manera de afirmarse en una frágil identidad es negar y vilipendiar la originaria, necesita, consecuentemente, cambiar también su nombre.

Como la crítica de Vega / Bernhard hacia la cultura salvadoreña y, por extensión, la latinoamericana es necesaria para la afirmación de su fundamento ontológico, la estructura narrativa de la nouvelle de Castellanos Moya concuerda (y depende directamente) con la construcción del personaje. En El asco, no puede haber diálogo, pero se debe aparentar que sí lo hay. Edgardo Vega se constituye en Thomas Bernhard, pero es solo en apariencia: no hay real transformación ontológica. El autor, Horacio Castellanos Moya, se ficcionaliza en Moya, pero es solo en apariencia: las



consecuencias reales que tuvo la novela en el autor muestran la identificación de la voz del autor con la del protagonista.

El juego de realidad-ficción, o verdad-apariencia, entonces, trasciende las páginas de la novela, se desplaza de la construcción del personaje a la estructura narrativa para, finalmente, alcanzar la realidad misma del autor, quien recibió tantas críticas por esta obra que se vio en la necesidad de abandonar su país. Las características de la posmodernidad —la ausencia de discursos legitimadores— proyectan una ruptura en los límites de la realidad y la ficción: la verdad ordenadora y vertical se vuelve un océano de infinitas verdades horizontales que navegan cruzando las fronteras de la ficción, volviendo real un discurso ficcional. De esta forma, Edgardo Vega no solo pasa a ser Thomas Bernhard, sino, también, el propio Castellanos Moya, que, como se expuso al comienzo, debió trasladarse a España luego de la publicación de este libro.

La furiosa morbosidad del discurso de Edgardo Vega contribuyó, por su parte, a generar la trasposición de los límites de la ficción. El discurso de Vega, virulento, carente de fundamentos, absurdo y hasta ridículo, apoyado por la noción de realidad que inunda el relato a partir de la paratextual “Advertencia” que asegura la real existencia de Edgardo Vega, generó una ambigüedad de significados que rompieron el pacto ficcional entre lector y obra. En *El susurro del lenguaje*, Roland Barthes (1994) señala que uno de los signos del discurso histórico es cuando el enunciante “se vuelve partícipe del proceso enunciado” (p. 168). Aunque el discurso ficcional no adopte todas las características del discurso histórico, estas particularidades de *El asco* son suficientes para aparentarlo, lo que destruye el pacto ficcional al unificar el rol social del autor con el rol textual del narrador. Barthes indica que “la ‘realidad’ no es nunca otra cosa que un significado informulado, protegido tras la omnipotencia aparente del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el efecto de realidad” (p. 175).

La revelación final de Vega, su nombre elegido, es, finalmente, el punto de contacto de las dos identidades, la ficcional Vega y la real Castellanos Moya: “me la pasé aferrado a mi pasaporte canadiense, hojeándolo, constatando que ése de la foto era yo, Thomas Bernhard, un ciudadano canadiense nacido hace treinta y ocho años en una ciudad mugrosa llamada San Salvador”. (Castellanos Moya, 2018, p. 99). Por su parte, el autor confiesa al final, en la Nota del autor: “La novela que despertó tal odio es esta que ahora se reedita (...), pretendía imitar al escritor austriaco Thomas Bernhard,



Negar el yo para ser el yo: la construcción de la identidad en El asco. Thomas Bernhard en San Salvador, de Horacio Castellanos Moya.

Álvaro López Ithurbide.

Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](#)

tanto en su prosa basada en la cadencia y la repetición, como en su temática” (Castellanos Moya, 2018, p. 103). Así, tanto Vega como Castellanos Moya se encuentran en Thomas Bernhard, generando la identificación de ambos, mezclándose sus discursos y superando, por fin, los límites de la ficción.

Referencias Bibliográficas

- Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad. En *Identidades, sujetos y subjetividades*. Prometeo.
- Barthes, R. (1994). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós.
- Bauman, Z. (2016). *Identidad*. Losada.
- Borges, J.L. (2011). Magias parciales del Quijote, en *Otras inquisiciones*. Sudamericana.
- Castellanos Moya, H. (2018). *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador*. Random House Mondadori.
- Casullo, N. (2004) (comp). *El debate modernidad/posmodernidad*. Retórica ediciones.
- Deleuze, G. (2002). *Diferencia y repetición*. Amorrortu.
- Han, B. (2020). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Jameson, F. (1991). *Ensayos sobre el posmodernismo*. Imago Mundi.
- Mignolo, W. (2014). *Desobediencia epistémica*. Ediciones Del Signo.
- Mignolo, W. (2008) (Comp). *El color de la razón: racismo epistemológico y razón imperial*. Ediciones Del Signo.
- Vattimo, G. (2007). *El fin de la modernidad*. Gedisa.